



XIII

AQUEL día pasó Gilberto largo rato en su ventana. No llamaban su atención el Rhin, ni el precipicio, ni las montañas, ni las nubes. El reducido espacio á donde alcanzaban sus miradas estaba limitado á poniente por la gran torre cuadrada, al mediodía por una pared delantera, y al norte por un tejadillo: nada de esto era el objeto de su contemplación y si sólo un tejado muy irregular y accidentado ó para hablar con más propiedad, dos tejados adyacentes y paralelos uno de los cuales tenía diez piés más de elevación que el otro, ambos inclinados en rápida pendiente sobre un horrendo precipicio.

Cerrando la ventana, se dijo:

—Al fin y al cabo, es menos difícil de lo que me figuraba: dos escalas de cuerda bastarán. ¡Á la voluntad de Dios!

Encontrándose M. Leminof muy molestado por su dolencia, Gilberto comió solo en su torreoncillo, después de lo cual fué á pasearse á la orilla del Rhin. En el momento en que desembocaba del sendero al camino real, vió aparecer á treinta pasos de distancia á Esteban y á Iván. Al divisarle, hizo el muchacho un gesto de cólera y volvien-

do el rostro, lanzó su caballo á rienda suelta. Gilberto no tuvo tiempo sino para saltar á una zanja evitando así verse atropellado. Al pasar por delante de él, Iván le miró con aire triste, meneó la cabeza y aproximó un dedo á la frente, como diciendo:

«¡ Hay que perdonarle ; su corazón padece mucho !»

Gilberto no tardó en regresar al castillo, y cuando llegaba á la entrada de la terraza, vió al siervo, que apoyado en una de las hojas de la puerta, parecía estar de centinela.

—Querido Iván—dijo acercándose á él—parece que estás esperando á álguien.

—He oído vuestros pasos—contestó el siervo—y pensé que érais Vladimiro Paulitch. El ruido de vuestras pisadas me engañó ; no acostumbráis á andar tan despacio.

—Eres fino observador—contestó Gilberto sonriendo ;—pero dime, ese Vladimiro Paulitch...

—Es un médico de mi país. Permanecerá aquí dos meses. El *barine* le escribió hace quince días, cuando sintió aproximarse la crisis. Vladimiro Paulitch se puso en camino inmediatamente y anteayer avisó desde Berlín que llegaría hoy por la tarde. Ese Vladimiro es un médico sin igual. Estoy deseando que llegue.

—¿ Dime, buen Iván, está en el jardín el señorito ?

—Allá abajo, al pié del sauce llorón.

—¡ Bueno ! conviene que me dejes conversar un instante con él, y que amplies tu condescendencia hasta el punto de no decirle nada de esta entrevista á Kostia Petrovitch. Ya sabes que ahora no puede vernos. Está en cama, y aun suponiendo que se levantara, sus ventanas dan á un patio interior.

La frente de Iván se anubló.

—¡ Es imposible, imposible !—contestó.

—¿ Imposible ? ¿ Por qué ? Porque no quieres.

—Y aun cuando quisiera, ¿ creéis que Esteban accedería ? ¿ No sabéis cuánto os detesta ? Bastaría vuestra voz para ahuyentarlo. Hoy está muy mal humorado y triste.

¿ No os acordáis como os ha echado encima el caballo ? Esta mañana hemos salido á las ocho. Comunmente se complace en trotar ó en hacer caracolear á Solimán ; pues bien, hoy le ha llevado siempre al paso. Ni siquiera desplegaba los labios. Con la cabeza baja, nada, nada veía. Al dar las doce nos hemos detenido en un mesón para almorzar. No quería comer ; he tenido que obligarle á ello. Sólo después de haber vuelto á montar á caballo ha interrumpido su silencio ; pero más le valiera haber callado. ¡ Ah ! ¡ si el padre Alejo le hubiese oído ! Blasfemaba contra el cielo, y se maldecía cien veces á sí propio por su falta de valor para matarse. Un momento después : « Bien mirado, estoy contento de no haber llevado á cabo mi proyecto ; aún me será posible vengarme de mis enemigos. Y por otra parte, si nada consigo, el pesar me matará, Iván. ¿ Para qué necesito el veneno ? Antes de diez meses habré dejado de existir. »

—Iván, querido Iván—dijo Gilberto—es absolutamente necesario que hable al señorito. Contra mi voluntad, he sido causa de que haya sufrido una humillación cuyo recuerdo le exaspera. Se equivoca sobre mis verdaderos sentimientos ; cree que abrigo malas intenciones, y en adelante será para él un suplicio verse condenado á tomar asiento cada día á la misma mesa que yo. Déjame tener una explicación con él. En dos palabras, le haré comprender quién soy, y que no le quiero ningún mal.

La discusión se prolongó durante algunos minutos. Al fin cedió Iván, pero con ciertas condiciones. Gilberto hubo de comprometerse solemnemente á no poner segunda vez á prueba su condescendencia.

—De lo contrario—dijo Iván—si tratarais todavía de hablar en secreto con él, no le dejaría salir más, y sólo á vos debería echar la culpa. Entonces sí tendré derecho de consideraros como un enemigo.

Por su parte, el siervo prometió que el conde ignoraría aquella entrevista.

—Ten muy presente, hermano—continuó—que es la última complacencia culpable que obtendrás de mí. Eres hombre de corazón; pero en ciertos momentos, se diría que *has comido belladona!*...

Esteban se había separado del banco circular en que estaba sentado, y se apoyó contra el parapeto de la terraza, con los brazos caídos, y la cabeza inclinada sobre el pecho. Estaba tan profundamente abismado, que Gilberto pudo acercarse hasta diez pasos de distancia sin que le oyese; pero, de repente, como si despertara de un letargo, alzó el adolescente la cabeza y dió con el pié en el suelo:

—¡Idos!—exclamó—¡Idos, ó suelto á Voraz contra vos!

Voraz era el nombre del bulldog que le acompañaba durante la noche, y que en aquel momento estaba tendido en el césped, á pocos pasos de distancia. Era el mayor y más terrible de todos los perros que guardaban el castillo.

—Ya lo veis—dijo Iván deteniendo á Gilberto por el brazo—nada tenéis que hacer aquí.

Gilberto se desprendió suavemente y siguió avanzando.

—Quitaos de mi vista—repuso Esteban.—¿Á qué venís á turbar mi soledad? ¿Quién os da derecho para perseguirme, para acosarme? ¿Cómo os atrevéis á arrostrar mis miradas después?...

No prosiguió. La emoción y la cólera apagaron su voz. Durante un buen rato fijó alternativamente sus miradas en Gilberto y en el perro; luégo, cambiando de designio, hizo un movimiento como para alejarse; Gilberto le cerró el paso.

—Concededme un minuto de audiencia—le dijo con voz dulce y penetrante;—¡os traigo una buena noticia!

—¡Vos!—exclamó Esteban, y repitió.—¡Vos! ¡vos! ¡una buena noticia!

—¡Yo!—dijo Gilberto—porque vengo á anunciaros mi próxima partida.

Esteban abrió desmesuradamente los ojos y retrocedió con lentitud hasta el muro, donde se apoyó de nuevo.

—¡Cómo! ¡partís! En verdad, la noticia es tan excelen-

te como imprevista; pero os tomáis un trabajo inútil, no era necesario prevenírmelo. ¡Vuestra partida, Dios poderoso! la ligereza de la atmósfera, la luz más viva del sol, y no sé qué regocijo íntimo, me lo hubieran avisado con mucha anticipación. ¡Oh! ¡ya comprendo! no habéis podido digerir el ultraje que os hizo ese excelente Fritz por orden mía; y la reparación os ha parecido insuficiente. Tenéis razón, porque, lo juro por San Jorge, las excusas no fueron espontáneas. ¡Yo, de rodillas ante vos!... ¡Horror y misericordia!... Ya os lo dije ayer; sólo cedi á la fuerza... ¡Dios mío! ¡como si en este instante os hiciera derribar á mis piés por el bulldog!

Gilberto no contestó; limitóse á sacar de su cartera y presentar á Esteban el billete que había escrito la vispera.

—¿Qué he de hacer con este papel?—dijo Esteban con desdén.—Me habéis participado ya la novedad, y esto me basta. Todo cuanto añadáis turbaría mi dicha.

—¡Leed!—dijo Gilberto.—Ya que os preparo una satisfacción tan grande, bien podéis vos concederme otra de menor importancia.

Esteban vaciló un momento; pero era tan profundo su tedio, que la necesidad de distracción pudo en él más que el odio y el desprecio.

—¡No está mal esta carta!—decía, mientras la iba leyendo.—El estilo es elocuente, y el carácter de letra admirable. De buena gana la compararía con el nudo de vuestra corbata. Una y otro son tan correctos que se hacen insufribles.

Gilberto llevó sonriendo su mano á la corbata, y desatándola, dejó caer los dos extremos sobre el chaleco.

—No vale la pena que os molestéis—prosiguió Esteban.—¡Nos queda tan poco tiempo de vivir juntos! Por favor, no renunciéis por mí á vuestros queridos hábitos! Lo mismo el nudo de la corbata, que vuestra letra, cuadran maravillosamente á toda vuestra persona. Supongo, sin embargo, que por complacerme no os vais á reformar de piés á cabeza. Ardua sería la empresa...

Le dejaba hablar Gilberto, sin resentirse en lo más mínimo, observando con cierta satisfacción que Esteban, después de haber leído su carta, comenzaba su lectura por segunda vez.

—¡Qué encantadoras son estas últimas líneas!—repuso el joven después de un corto silencio.

« ¡ Te juro que mis ojos estaban llenos de lágrimas ! »

—¿ Habéis contado esas preciosas lágrimas?... Sin embargo, seré indulgente, porque hay en esa elocuente carta una frase que me gusta. Veo que habéis tenido la perspicacia de adivinar que mis supuestas excusas no eran tales. Y luego, es admirable... Caballero, ¿ á qué hora partís? ¡Oh! decidme la hora! Quiero saber la hora, quiero asistir en persona á esa escena conmovedora, deliciosa... ¡Ah! ¡benditos sean por los siglos de los siglos todos cuantos os ayuden á empacar el equipaje, el mozo que lo conduzca al carruaje, los seis caballos que os lleven á galope tendido, el cobero que los anime con el látigo y la voz, el coche que bazuquee vuestra querida persona por todos los baches del camino! Y, sobre todo, ¡mil gracias, mil bendiciones, mil mercedes sean concedidas al amable torbellino de polvo que allá abajo, en la primera revuelta del camino, oculte para siempre á mi vista uno de los hombres que más me han hecho sufrir, y á quien odio con toda mi alma!...

—Os ruego que toméis aliento—contestó tranquilamente Gilberto—y me dejéis hablar. He introducido una ligera variación en mi programa: no partiré mañana. Me he otorgado una prórroga de ocho días.

El rostro de Esteban se puso sombrío y su mirada se volvió feroz.

—Os juro, por mi honor—prosiguió Gilberto—que dentro de ocho días partiré para no volver jamás, á menos que vos me roguéis que no me vaya.

—¡Farsante! ¡qué bien urdido está ese complot! Todo lo adivino; á fuerza de amenazas y violencias esperáis obli-

garme segunda vez á doblar la rodilla ante vos y á que exclame, juntando las manos: ¡Caballero, en nombre del cielo, concedednos el favor de que podamos disfrutar de vuestra preciosa presencia!... ¡Esa es una bajeza que no cometeré jamás! ¡Antes la muerte! antes la muerte!...

—¡Os suplico que no os entreguéis á ese delirio! Por mi conciencia prometo que vuestro padre no sabrá jamás ni la más insignificante palabra de cuanto hemos hablado. No sé si Iván nos entiende, pero me ha jurado el secreto, y fío en su palabra. Al proponeros una dilación, quiero solamente daros tiempo para que reflexionéis. Una semana no es un siglo. Dentro de ocho días me diréis al oído una de esas dos palabras: ¡Partid! ó bien ¡quedaos! y yo me conformaré sin vacilar con vuestro deseo. Añado á esto que si persistis en despedirme, alegraré para mi partida motivos en que no entraréis por nada.

Mientras Gilberto hablaba, había mantenido Esteban obstinadamente fijos en él los ojos. Al oír sus últimas palabras, soltó la carcajada.

—¡Oh! ¡dejad que me ría, sí! Caballero, ó sois un malvado, ó un lunático. ¡Cómo! ¡os atrevéis á imaginar!...

—Si deseo que esperéis algunos días antes de adoptar una resolución—prosiguió Gilberto, con calma—es porque no me conocéis todavía. ¿Quién sabe si existe entre los dos una secreta conformidad de genio y de inclinaciones que no sospecháis, y de la que nacerá con el tiempo una amistad perfecta?

Esteban le miró de arriba abajo con desprecio.

—Estáis delirando, caballero—contestó con acento glacial.—Haced el favor de suprimir vuestras vaciedades; mi dignidad no me permite escucharos por más tiempo.

Y como Gilberto intentase cogerle una mano, se alejó vivamente algunos pasos.

—¡Una sola palabra!—repuso Gilberto sin desanimarse.—Sometedme á alguna prueba. ¿No se os ocurriría un antojo cualquiera que me fuese dado satisfacer?

Y mostrándole con el dedo un fragmento de cuarzo blanco que se hallaba á cuatro piés debajo del parapeto, en el mismo sitio donde principiaba el precipicio:

—Mirad ese lindo pedacito de cuarzo—le dijo—¿queréis que vaya á traérosle?

Esteban no se dignó volver la cabeza, y, sin embargo, el giro inesperado que acababa de tomar el diálogo, le causaba una sorpresa mezclada de emoción. No obstante, procuró no dejar que se traslucieran sus verdaderos sentimientos.

—¡Prosternaos á mis piés—exclamó impetuosamente;—arrastraos por el polvo, besad la tierra que piso, pedidme gracia y perdón! Á ese precio os concederé, no seguramente mi afecto, pero sí mi indulgencia y mi compasión.

—¡Imposible!—contestó Gilberto sacudiendo la cabeza.—Soy como vos; únicamente me arrodillaría si álguien, más forzado que yo, me obligase á ello por la fuerza. ¡Ah! ¡no! En ese juego, perdería hasta la esperanza de adquirir algún día vuestra estimación. Por lo tanto, en la prueba á que deseo me sometáis, quisiera que hubiese que arrostrar algún peligro, que vencer alguna dificultad...

Esteban ya no podía disimular su asombro. Desde que estaba en el mundo no había oído un lenguaje semejante. Sin embargo, la desconfianza y el orgullo triunfaron una vez más de cualquier otro sentimiento.

—¡Puesto que así lo queréis!...—dijo mofándose, y sacó de su bolsillo un guante que estrujó entre sus manos arrojándose al bulldog que lo recibió en la boca y lo guardó en ella.

—Voraz—le dijo—tienes entre los dientes un guante de tu amo, guárdalo bien; me respondes de él...

Luégo, volviéndose á Gilberto:

—¿Caballero, tendréis la amabilidad de devolverme el guante, que me guarda ese animal? Os quedaré de ello profundamente agradecido.

—¡Ah! es esa por fin la prueba á que queréis someterme!—le contestó Gilberto con la sonrisa en los labios.

Esteban le miró de frente. Por primera vez, no pudo menos de sentirse impresionado por la nobleza de aquella fisonomía y la admirable limpidez de aquella mirada. La figura de Gilberto se había vuelto transparente, y hubiera revelado á los ojos menos perspicaces la arrogancia de su carácter madurada por los combates de la vida y la pureza de su corazón predestinado á una perpetua juventud. Esteban experimentó una duda involuntaria que procuró disfrazar en vano con el tono chancero con que replicó:

—No, caballero, no se trata de una prueba, sino de una broma que es mejor, para vos y para mí, no llevar más adelante. Ese animal es muy poco amable. Si tenéis la desgracia de irritarle, me será imposible calmar su furor por más que sea su amo. Lo mejor que podéis hacer es dejar mi guante donde está y volveros tranquilamente á vuestro gabinete para meditar sobre algún importante problema de la historia bizantina. Será una prueba menos peligrosa, y más proporcionada á vuestras fuerzas. Buenas tardes, caballero, y buenas noches!

—¡Oh! permitid—replicó Gilberto—estoy resuelto á llevar la aventura hasta el fin!...

Y rechazando con suavidad á Esteban que pretendía detenerle, encaminóse directamente hacia el perro.

—¡Cuidado!—gritó el joven estremeciéndose—no os chanceéis con ese animal, ó sois hombre muerto!

—¡Cuidado!—repitió Iván, que, habiendo comprendido á medias de qué se trataba, sospechaba someramente la intención de Gilberto.—¡Cuidado! ese perro es una verdadera fiera.

Sin embargo, Gilberto, cruzando los brazos sobre el pecho, se inclinó lentamente hacia el bulldog, teniendo fijos los ojos en los suyos; y cuando creyó que desconcertado el animal por la fijeza de su mirada, soltaría fácilmente su presa, le arrancó el guante con presteza, agitándolo en el aire con la mano derecha. En el mismo instante, Vo-

raz lanzó un aullido de rabia y saltó para lanzarse á la garganta del raptor. Gilberto dió un salto atrás cubriéndose con el brazo izquierdo; la boca del perro no hizo más que rozarle el hombro, y no obstante, cuando cayó al suelo, tenía entre sus dientes una larga tira de paño, un girón de lienzo y un pedazo de carne ensangrentada. Ebrio de furor, el bulldog rodó por el césped con aquella presa que no podía devorar, y de repente, como atacado de un acceso de frenética locura, se alejó en dirección del castillo dando vueltas sobre sí mismo, y al llegar al pié del torreoncillo, buscó con la mirada á su enemigo y retrocedió como un rayo para lanzarse de nuevo sobre él.

—¡Arrojad el guante al suelo—exclamó Iván—y encaramaos en el árbol!

—¡Sólo entregaré el guante á quien me lo ha pedido!—contestó Gilberto.

Y, ocultándole en su seno, sacó un cuchillo del bolsillo. No había tenido tiempo de abrirlo cuando el bulldog, con el pelo erizado y echando espuma por la boca, estaba ya á tres pasos de él, tomando empuje para embestirle, pero apenas se levantaba del suelo, cayó con la cabeza abierta. El hacha que Iván llevaba á la cintura acababa de caer sobre él como un rayo. El terrible animal intentó en vano levantarse de nuevo; rodó pataleando entre el polvo y exhaló su vida con un ronco y formidable rugido.

—¡Gracias, mi buen Iván!—dijo Gilberto estrechando la mano al siervo.

Luégo, acercándose á Esteban que, inmóvil, á corta distancia, temblaba de piés á cabeza y ocultaba el rostro entre las manos:

—Aquí tenéis vuestro guante—le dijo cariñosamente.— ¡Tranquilizaos, todavía vivo! Desgraciadamente estoy condenado á causaros siempre algún pesar: soy causa de que Iván haya sacrificado á vuestro perro. ¿Puedo esperar que me perdonéis?

Esteban apartó las manos del rostro y tomó el guante



esforzándose en sonreír; pero á la vista del mutilado y sangriento brazo de Gilberto:

—¡Oh! qué horrible herida!— exclamó señalándola con el dedo.

Y acometido súbitamente de un síncope, dobláronse sus rodillas y hubiera caído indefectiblemente, sin el auxilio de Iván.

—¡Hermano—dijo el siervo á Gilberto—buena la hiciste, buena! ¿No tenía yo razón al decirte que comes belladona algunas veces? Mira, el niño está casi desmayado; he de llevarle en seguida á su torre... Tu herida sangra mucho, átate el pañuelo al rededor del brazo... ¡Bien! ¡así está bien! Ahora, ven corriendo á abrimos la escalera secreta, y plegue á Dios que no encuentre á nadie en el corredor! ¡Vamos, démonos prisa, y tan luego como el señorito haya vuelto en sí, iré á encontrarte en tu pabellón para desnudarte y hacerte la primera cura.

Gilberto se encaminó rápidamente hacia la puertecita, y después de abierta, dejó pasar delante á Iván, que subió en tres saltos la escalera y se lanzó al corredor con su preciosa carga.

Al llegar á su aposento, Gilberto quiso examinar su herida, pero había perdido tanta sangre, y al intentar desprender de la llaga el pañuelo adherido, experimentó tan vivo dolor, que á su vez se sintió desfallecer. Una nube oscuró su vista; sólo tuvo tiempo para sentarse en la silla á la cabecera de su cama, y reclinando la cabeza sobre la manta, perdió el conocimiento.

